

DETERMINISMO, CREENCIA EN LA CASUALIDAD Y EN LA SUPERSTICIÓN

En nuestras almas todo
por misteriosa mano se gobierna.
Incomprensibles, mudas,
nada sabemos de las almas nuestras
Renacimiento, Antonio Machado

Como resultado general de la exposición realizada en la *Psicopatología de la vida cotidiana*, Freud enuncia el principio, según el cual: *Ciertas insuficiencias de nuestros funcionamientos psíquicos y ciertos actos aparentemente no-intencionados se demuestran, cuando se los somete a la investigación psicoanalítica, como provocados y determinados por motivos desconocidos por la conciencia.*

Para que un funcionamiento fallido pueda incluirse en esta explicación tiene que rellenar ciertas condiciones:

1. No exceder cierta medida, es decir, debe hallarse “dentro de los límites de lo normal”.
2. Tener el carácter de una perturbación momentánea. Es decir, debemos haber ejecutado antes el mismo acto correctamente o sabernos capaces de realizarlo en cualquier momento. Si alguien nos corrige por nuestro acto fallido, debemos admitir la rectificación y reconocer nuestro fallo.

3. Si nos damos cuenta del funcionamiento fallido, no debemos percibir la menor huella de su motivación, sino que debemos explicarlo por falta de “atención” o como resultado de una “casualidad”.

Freud se propone, entonces, demostrar la verdad del principio enunciado, de acuerdo con el cual todos aquellos actos fallidos de la vida psíquica del sujeto, que hasta ese momento resultaban inexplicables o parecían inintencionados, están sobredeterminados por el inconsciente, esto es, por leyes ajenas a la conciencia.

Cuando no admitimos la existencia de representaciones de propósito definido (intención inconsciente) para explicar los fallidos del funcionamiento psíquico, es decir, cuando consideramos tales fallidos como fruto de la casualidad, del cansancio o de la distracción, estamos desconociendo la amplitud que tiene la sobredeterminación en la vida psíquica, esto es, nos negamos a reconocer que todo lo que en ella ocurre, obedece a unas leyes precisas, exactamente igual que en la realidad física.

La sobredeterminación tiene en lo psíquico un alcance mayor de lo que sospechamos. Tanto es así que prácticamente resulta imposible pensar o decir algo completamente falto de sentido. Por ejemplo, cuando pensamos un número, se puede decir que jamás lo hacemos con absoluta y total libertad. Si se examina una cifra cualquiera, pronunciada con aparente arbitrariedad, se puede demostrar en el análisis su estricta determinación. Lo mismo ocurre con los llamados “números obsesivos” y los “números favoritos”, relacionados siempre con la vida del sujeto. Incluso aquellos números que con aparente arbitrariedad se pronuncian en determinados contextos puede hallárseles, por interpretación, un sentido inesperado.

Freud cuenta que un paciente suyo solía decir, cuando se enfadaba, “Esto lo he dicho ya diecisiete o treinta y seis veces”. Cuando quiso saber si la aparición de estas

cifras tenía alguna motivación, al paciente “se le ocurrió que había nacido el día 27 de un mes y su hermano menor el 26 de otro, y que podía quejarse de que el Destino le había robado muchos bienes vitales para concedérselos a su hermano pequeño. De esta manera, representaba esta parcialidad del Destino restando diez de la fecha de su nacimiento y agregándolos a la de su hermano. Parecía decir entonces: «Soy mayor y, sin embargo, he sido disminuido.»”

No hay otra clase de observaciones que demuestren, con más claridad, la existencia de procesos mentales que tengan tanta coherencia y que, al mismo tiempo, permanezcan desconocidos para la conciencia. En los análisis de este tipo, dice Freud que siempre le ha llamado especialmente la atención dos hechos: i) “La seguridad de sonámbulo, con la cual voy derecho siempre al fin desconocido, sumiéndome en una reflexión matemática que llega de repente al número buscado”; y ii) “el hecho de que los números se presenten con gran facilidad a la disposición de mi pensamiento inconsciente, siendo como soy un desastroso matemático”.

Un pequeño ejemplo que le fue comunicado a Freud por uno de sus corresponsales, le contaba que su hijo, un joven de dieciocho años, que deseaba estudiar Medicina, se ocupa ya de la Psicopatología de la vida cotidiana: «Mi hijo hablaba con mi mujer de lo denominado casual y le explicaba que le sería imposible citar una sola poesía o un solo número que pudiese considerarse que se le había ocurrido por completo casualmente. Sobre esto se desarrolló la siguiente conversación:

El hijo. – Dime un número cualquiera.

La madre. – 79.

– ¿Qué se te ocurre en relación con él?

– Pienso en un precioso sombrero que vi ayer.

– ¿Cuánto costaba?

– 158 marcos.

– Ahí lo tenemos: $158 : 2 = 79$. Te pareció muy caro el sombrero y pensaste seguramente: ‘Si costase la mitad, me lo compraría.’ Contra esta opinión de mi hijo alegué, en primer lugar, que las señoras no suelen estar muy fuertes en matemáticas y que lo más seguro era que su madre no había visto claramente que 79 era la mitad de 158, deduciéndose de esto que su teoría suponía que lo inconsciente calculaba mejor que la conciencia normal. A lo que mi hijo respondió: ‘Nada de eso. Aun concediendo que mamá no haya hecho el cálculo de $158 : 2 = 79$, puede muy bien haber visto en algún lado esta igualdad o también haberse ocupado en sueños del sombrero y haberse dicho: ‘¡Cuán caro sería, aunque no costase más que la mitad!’»

El siguiente es un ejemplo de un sujeto, del que sólo sabemos que era el menor de una serie de hermanos y que su padre, al que él quería y admiraba mucho, había muerto siendo él aún un niño. Hallándose en un sereno y alegre estado de ánimo, dejó que se le ocurriese el número 426718 y se preguntó: «Vamos a ver, ¿qué es lo que se me ocurre ante este número? En primer lugar, el siguiente chiste que oí una vez: Cuando se tiene un constipado y se llama al médico, le dura a uno 42 días, y si no se llama al médico ni se ocupa uno de la enfermedad, 6 semanas.» Esto corresponde a las primeras cifras del número $42 = 6 \times 7$.

Pero después de esta primera solución no pudo ya seguir adelante. Se le llamó la atención sobre el hecho de que en el número de seis cifras por él escogido existían los ocho primeros números, a excepción del 3 y del 5. Entonces halló en seguida la continuación del análisis. «Somos -dijo- 7 hermanos, yo el más pequeño de todos. El número 3 corresponde en esta serie a mi hermana A., y el 5 a mi hermano L. Ambos se gozaban en hacerme rabiar cuando todos éramos niños, y por entonces acostumbraba yo rogar a Dios, todas las noches, que quitase la vida a mis dos atormentadores. En el caso

actual me parece haber realizado este deseo por mí mismo. En efecto, 3 y 5, el perverso hermano y la odiada hermana, han desaparecido.» «Entonces -observé yo-, si el número por usted expresado quiere significar la serie de hermanos, ¿a qué viene el 8 que aparece al final? Ustedes no son más que 7.» «He pensado muchas veces -me replicó el paciente- que si mi padre hubiera vivido más tiempo, no hubiera sido yo el menor de mis hermanos. Si hubiese nacido uno más, hubiéramos sido 8, y yo hubiera tenido detrás de mí, un hermanito con quien poder hacer de hermano mayor.» Con esto quedó explicado el número que se le había ocurrido; pero quedaba todavía por reconstituir la conexión entre la primera y la segunda parte del análisis, cosa que resultó fácil partiendo de la condición necesaria a las últimas cifras; esto es, que el padre hubiera vivido más tiempo; $42 = 6 \times 7$ significaba la burla contra los médicos que no habían podido impedir la muerte del padre, y, por tanto, expresaba de esta forma el deseo de que el padre hubiese continuado viviendo. El número total correspondía, en realidad, a la realización de sus dos deseos infantiles relativos a su círculo familiar: la muerte de los dos perversos hermanos y el nacimiento de un hermanito, deseos que pueden concretarse en la frase siguiente: «¡Cuánto mejor sería que hubieran muerto mis dos hermanos en lugar de mi querido padre!».

Esta comprensión de la sobredeterminación de nombres y números elegidos arbitrariamente, contribuye al esclarecimiento de una cuestión importante. Gran número de personas alega, en contra de la afirmación de un absoluto determinismo psíquico, su intenso sentimiento de convicción de la existencia de la voluntad libre. Esta convicción sentimental no es, sin embargo, incompatible con la creencia en la sobredeterminación. Como todos los sentimientos normales, tiene que estar justificada por algo. Por lo que se puede observar, no se manifiesta en las grandes e importantes decisiones, en las cuales se tiene más bien la sensación de una coacción psíquica y se justifica uno con ella

(“Me es imposible hacer otra cosa”). En cambio, en las resoluciones triviales e indiferentes se siente uno seguro de haber podido obrar lo mismo de otra manera; esto es, de haber obrado con voluntad libre y no motivada.

Si distinguimos la motivación consciente de la motivación inconsciente, el sentimiento de convicción consciente no se extiende a todas nuestras decisiones motoras, pues *la conciencia no se ocupa de minucias* (los lapsus, los olvidos, los sueños, los fallidos, los chistes). Pero lo que por el lado de la conciencia queda libre, recibe su motivación por el lado de lo inconsciente, quedando de este modo conseguida la determinación en el reino psíquico. Lo veíamos cuando hablábamos de la asociación libre: “asocie libremente que no podrá”, significa “baje la guardia, no vigile lo que diga, deje que las palabras y las frases salgan en cualquier orden: cuando la conciencia deja de vigilar, el inconsciente toma las riendas”.

Aunque el conocimiento de la sobredeterminación de los rendimientos fallidos escapa por completo al pensamiento consciente, es posible descubrir una prueba psíquica de su existencia en otro lugar, en el que se aprecian determinados fenómenos que corresponden a un conocimiento inconsciente, es decir, a un conocimiento desplazado de dicha sobredeterminación: la *superstición*.

El fenómeno de la superstición nos ofrece algunas indicaciones sobre el conocimiento desplazado e inconsciente de la motivación de los funcionamientos casuales y fallidos. Para ayudarnos a entender las diferencias entre la superstición y la creencia en la sobredeterminación psíquica, Freud trae algo que le ocurrió una vez:

Al volver de unas vacaciones, tuvo que hacer una visita a una anciana señora, que desde hacía años veía dos veces al día. La monotonía de la tarea había sido aprovechada muchas veces por el inconsciente para exteriorizarse, tanto en el camino a su casa, como prestándole sus servicios: “Un día en que me hallaba falto de tiempo,

tomé un coche para dirigirme a casa de mi cliente. Todos los cocheros de la parada que hay frente a mi casa conocen las señas de la anciana señora, por haberme llevado en repetidas ocasiones. Aquel día sucedió que el que me llevó se equivocó y detuvo su coche en una casa del mismo número, pero situada en una calle paralela a la verdadera. Advertí el error y reproché al cochero su descuido, el cual se disculpó un tanto confuso. ¿Debería tener alguna significación aquel hecho de conducirme el coche a una casa en la cual no vivía la anciana paciente? Para mí, ninguna; pero si yo fuese supersticioso hubiera visto en este suceso un aviso del Destino, por ejemplo, que aquel año iba a ser el último de la señora. Gran número de presagios conservados en la Historia poseen un simbolismo semejante. Sin embargo, yo considero este incidente como una simple casualidad, sin más significado.”

El caso sería muy distinto, si Freud hubiera hecho el camino a pie y ‘sumido en sus pensamientos’ o ‘distráido’, hubiera ido a parar a una calle distinta de la verdadera. Esto no se denominaría de ninguna manera como “casualidad”, sino que se consideraría como un acto llevado a cabo con intención inconsciente, y necesitado de interpretación. En ese caso, la explicación sería la de que esperaba no encontrar a la anciana señora.

¿En qué se diferencia alguien que cree en la sobredeterminación psíquica de un supersticioso? En que el psicoanalista no cree que un suceso en el que toma parte su vida psíquica le pueda revelar la futura conformación de la realidad, pero sí que una manifestación no-intencional de su propia vida psíquica le descubre algo oculto que pertenece exclusivamente a ella: Un psicoanalista “cree en accidentes casuales exteriores (reales), pero no en una casualidad interior (psíquica). Por el contrario, el supersticioso ignora en absoluto la motivación de sus actos casuales y funcionamientos fallidos; cree en la existencia de casualidades psíquicas, estando, por tanto, inclinado a atribuir al accidente exterior una significación que se revelará más tarde y a ver en lo

casual un medio de manifestación de algo exterior a él, pero que pertenece oculto a sus ojos.”

La diferencia entre el supersticioso y el psicoanalítico se manifiesta en dos cosas: 1º) El supersticioso proyecta hacia el exterior una manifestación que el psicoanalista busca en el interior, y 2º) Interpreta el accidente por un suceso real que el psicoanalista reduce a un pensamiento. En el pensamiento supersticioso el elemento oculto corresponde a lo que en el psicoanálisis es lo inconsciente; y a ambos es común el impulso a no dejar pasar lo casual como tal, sino a interpretarlo.

El *desconocimiento consciente* y el *saber inconsciente* de la motivación de las casualidades psíquicas son unas de las raíces de la superstición. El supersticioso ignora la motivación de los propios actos casuales y, al mismo tiempo, esta motivación lucha en él por ser reconocida, por lo cual se ve obligado a transportarla, por medio de un desplazamiento, al mundo exterior. Esta conexión no es un caso aislado. Gran parte de la concepción mitológica del mundo que perdura en las religiones *no es otra cosa que psicología proyectada en el mundo exterior*. La percepción que tenemos de los factores psíquicos se refleja en la construcción de una *realidad sobrenatural* que debe ser vuelta a transformar por la ciencia en *psicología de lo inconsciente*.

La moderna concepción del mundo, científica pero aún no definitivamente fijada ni mucho menos, es lo que hace que la superstición nos parezca tan fuera de lugar en la actualidad. En la concepción del mundo que se tenía en tiempos y por pueblos pre-científicos, la superstición estaba justificada y era lógica. El romano que al observar en su camino un vuelo de pájaros, que consideraba como un mal presagio, y abandonaba una importante empresa, obraba conforme a sus principios. Pero cuando abandonaba la empresa por haber tropezado en el umbral de su casa, se mostraba muy superior a nosotros los descreídos y mucho mejor psicólogo de lo que nos esforzamos en llegar a

ser, pues dicho tropezón le revelaba la existencia de una duda, de una contracorriente interior cuya fuerza era suficiente para burlar el poder de su propósito consciente en el momento de iniciar su ejecución. No se puede estar seguro de un éxito completo más que cuando todas las fuerzas psíquicas tienden de común acuerdo hacia el fin propuesto.

En los individuos nerviosos que padecen ideas y estados obsesivos, es en los que con mayor claridad se ve que la superstición es originada por impulsos hostiles y crueles reprimidos. La superstición es en gran parte un temor de desgracias futuras: aquellas personas que frecuentemente desean mal a otras, pero que debido a una educación orientada hacia la bondad han reprimido tales deseos, rechazándolos hasta lo inconsciente, están especialmente sometidas al temor de que como castigo a dicha maldad inconsciente, les acaezca alguna desgracia que caiga sobre ellos viniendo de la realidad exterior.

¿Cuál es el contenido y el origen de los pensamientos y sentimientos que se revelan por medio de los actos fallidos y casuales? Podemos contestar que el origen de los pensamientos perturbadores se encuentra en sentimientos reprimidos de la vida psíquica. Sentimientos e impulsos egoístas, celosos y hostiles, sobre los cuales gravita el peso de la educación moral, utilizan en las personas sanas el camino de los rendimientos fallidos para manifestar de cualquier modo su poder innegable, aunque no reconocido por las instancias psíquicas superiores.

El mecanismo de los actos fallidos y casuales, tal y como nos lo ha enseñado el psicoanálisis, muestra en los puntos más esenciales una coincidencia con el mecanismo de la formación de los sueños. En uno y otro pueden hallarse las mismas condensaciones y las formaciones transaccionales, siendo la situación idéntica: pensamientos inconscientes que por desusados caminos y asociaciones externas llegan a manifestarse como modificaciones de otros pensamientos.

Ruy Henríquez

Psicoanalista

Facultad de Filosofía, Universidad Complutense de Madrid

Ciclo “Psicopatología de la vida cotidiana”. 26 de marzo de 2007